

Clotet & Tusquets

Belvedere Georgina, Llofriú (Gerona), 1971-1972

Belvedere Georgina, Llofriú (Gerona), 1971-1972

En los últimos años sesenta, el agotamiento del final de la posguerra daba paso a una renovación del pensamiento expresada en profundos cambios de costumbres, movimientos sociales y propuestas artísticas. En el terreno de la arquitectura, el Movimiento Moderno se había hecho manierista de sí mismo y sus respuestas resultaban insuficientes. Dos corrientes marginales que fluían por cauces distintos comenzaban a tomar forma en propuestas hiladas al curso de la historia que la modernidad había mantenido al margen de sus intereses. A la vez que en 1966 se publicaba *La arquitectura de la ciudad*, del italiano Aldo Rossi, aparecía en los Estados Unidos *Complejidad y contradicción en la arquitectura*, de Robert Venturi.

Lluís Clotet y Óscar Tusquets disfrutaban viendo los saltos que el norteamericano daba por encima de los dogmas modernos y su admiración por Miguel Ángel y por la cultura popular. Tanto es así que Tusquets, junto a Xavier Sust, se animó a recopilar otros textos de Venturi y Scott Brown, adelantándose a la edición española de *Complexity* con la publicación en 1971 de *Aprendiendo de todas las cosas*. Con sus cabezas puestas en la Filadelfia venturiana y con los recuerdos del diseño milanés que habían aprendido en el taller de Correa y Milá, Clotet y Tusquets construyeron el Belvedere Georgina. Su reducido tamaño y su desenfadada frescura son inversamente proporcionales a la inmensa influencia que tuvo y a la amojamada larga cola de obras de otros que produjo en los años siguientes.

Georgina es una pequeña casa de invitados, pero sobre todo es una construcción de jardín para la casa Regás, que los arquitectos habían terminado poco antes junto a las ruinas de una masía del Ampurdán. El belvedere, como las grutas repletas de conchas y pobladas por autómatas que daban fin a las perspectivas de jardín de los palacios manieristas, es un divertimento clásico. En esta ocasión se vale de los recursos del arte pop, manifestado en la descarada exhibición gráfica y material de sus balaustradas neoclásicas. Con un programa mínimo y a la manera de algunas construcciones de los felices cincuenta californianos, el zócalo hace de casa y de sombrero para el Seat. No es esta organización, poco convencional en España, la causa de su fortuna crítica, sino su actitud provocadora, que llegaba tan oportunamente haciendo un cóctel de abstracción esquemática y evocación mediterránea contaminada por los gustos populares que aquí sólo encontraban lugar en una élite catalana ávida de propuestas novedosas.

At the end of the sixties, the exhaustion of the postwar period gave way to an intellectual renewal that was expressed in a deep change in customs, social movements and artistic impulses. In architecture, the Modern Movement became a mannerist expression of its original principles, producing insufficient results. Two currents which came from different sources began to take shape in propositions based on aspects of history which Modernism had willfully neglected. In 1966, when *The Architecture of the City* by the Italian Aldo Rossi was published, Robert Venturi's *Complexity and Contradiction* appeared in the United States.

Lluís Clotet and Óscar Tusquets enjoyed seeing the leaps and bounds the American made over the modernist dogma while showing his admiration for Michelangelo and popular culture. So much, in fact, that Tusquets, together with Xavier Sust, was motivated to compile other texts by Venturi and Scott Brown, preempting the Spanish edition of *Complexity* with the publication in 1971 of *Aprendiendo de todas las cosas* (*Learning from Everything*). With their minds set on Venturi's Philadelphia and their experience with Milanese design at the studio of Correa and Milá, Clotet and Tusquets built the Belvedere Georgina. Its small size and relaxed freshness defy the immense influence it had and the number of works produced as a result in the following years.

Georgina is a small guesthouse, but above all it is a garden structure far the Casa Regás, which the same architects had finished slightly earlier next to the ruins of a Catalan farmhouse in the Ampurdán region. The belvedere, like those grottoes replete with shells and peopled with inanimate figures that terminate the perspective views in mannerist palaces, is a classical folly. On this occasion it makes recourse to Pop Art, which is manifest in its flagrant graphic and material use of neoclassical balustrades. With a minimal program and built along the lines of fifties California construction, the small structure offers a shady spot in which to park the car.

Yet is not this organization, so unconventional here in Spain, that accounts for its critical renown, but rather its provocative attitude, an attitude which arrived so opportunely, making a cocktail of schematic abstraction and Mediterranean feeling, contaminated by popular tastes to be found only among a Catalan elite alert to novel suggestions.